

Yo los vi besarse...



Se llamaba Florencia. No me resultó fácil entenderla. Pero me lo contó una tarde y más o menos estas fueron sus palabras (o fueron estos sentimientos, los que me transmitió...):

«...Quizá fue una locura reprimida y encerrada. Que aun dormida, bramaba por salirme. Pero me decidí y al final, lo hice. O lo hicimos...

Discusiones, altercados, peleas y peleas. Y después de tantos años, por fin me separé... Era muy extraño todo. Solamente el divorcio nos permite terminar de conocer a un hombre. Y a una misma.

No era vida, la vida del antes del divorcio. Quedarse conviviendo para siempre con el miedo, no era un gran negocio ni un gran mérito. Pensé y pensé, los pros y los contras. Analizando. Dudando. Sopesando... Y cuando no sabía que más podría pasarme, apelé al arte de vivir. El arte es intuición de la totalidad global. Lo que no sabía como hacerlo, me lo imaginaba. Y lo hacía.

Separarse te lleva a hacerle un balance al misterio de tu vida. El tiempo da la razón de todo. De lo bueno y de lo malo que en el fondo, esta esperando la ocasión, de emerger y de mostrarse.

Recuerdos de cuando era pequeña, memoria de esos “ayeres” de cuando aun me fascinaba la juguetona luz del sol, filtrándose por entre los recovecos de los árboles. Años de pobreza, en los que solo mi ignorancia me hacia sentir dichosa. “Cintureándole” a la miseria, vendiéndole cositas a los que nunca me las querían comprar.

La gente no te entiende ni te escucha. Solo quieren consolarse, viendo imágenes limpiatas, para una terrible realidad que apesta. Postales de pesadillas, en medio de una ciudad arrugada de papel, que nos demuestran las descoloridas soledades de tantos y tantos, entre sus tantos y tantos existirles de anónimos y oscuros.

Diecinueve años, un boleto, un bebé en un brazo y una maleta en el otro... mientras el tren acercaba mi futuro y me alejaba del pasado. Fue una noche de abril. Fue una noche cuando recién el invierno, comenzaba a asomarle sus aceros a las calles...

Realidades de ciudad. Obras maestras de las negras pesadillas, donde me veía arrojándome

en los brazos del abismo, como si allá en el fondo más oscuro, me esperase eso tan pero tan raro, que algunos comparaban con la felicidad misma. O ahora que lo sé, con la demencia cruel.

Ruptura de afectos y de viejos sentimientos. Ruptura de un proyecto de vida y de ilusiones. Divorcio. Tormenta personal, misteriosa y compleja, demasiado rara, brotando en ese mar violento en el que se quedarán flotando para siempre los rencores.

Adiós del separarse. Adiós en un temblor de las palabras que se quedaron mirándonos sin ver. Adiós en las palabras. De las tantas cosas que nos pueden suceder, ligadas con el sentimiento y con la voz... y se nos nota.

La vida me fue moldeando los quereres, los sentires. Hay momentos en que la vida te acosa con el ímpetu del mar embravecido. Es marea que se ensaña contra los muros del viejo muelle de tus ganas, mientras el viento nos empuja la esperanza, a refugiarse entre los recovecos de la vida.

Al final me esperaba en la estación de la ciudad, la nada. La nada hecha frialdad gris de un edificio gris tras otro, derrapando sobre cada adoquín gris, que se te ponía a bailar cuando nadie lo miraba.

Barco a la deriva, agitándose como un pájaro que busca libertad. Subte fantasmal que corría en el espacio, derivando a la ciudad hacia otros tiempos. Escaramuzas de amor y de dolor. Cuerpos en la playa que generan el misterio. Y mi hijo y mi estómago, que no aguantaban sin comer...

Tenía que vivir... y yo viví. Como pude, pero viví. Peso a peso, calle a calle, dándoles mi cuerpo pero no mi afecto... dándome, sin darme. Me usaron, pero jamás me les quité el corpiño...

- *Le detectamos en el examen un chancro sifilítico, además de un papiloma... y con esa neumonía, habrá que esperar el resultado del HIV...* - le dijo un médico al otro, mientras me miraban desde lejos, con un mal disimulado asco, por encima de las sábanas limpias pero rotas, del hospital de Caridad.
- *¿Factores de riesgo?* - le preguntó el otro.
- *Prostituta... Si. Es prostituta, de la zona del puerto* - agregó el primero.

Pienso todo el día y sufro, sin quejarme. Miro la ventana, las paredes... el techo. Todo es blanco. Todo es nada. Todo es negro... lo único bueno es que a mi hijo, me lo cuidan y está bien.

¿Que pasará conmigo? No lo sé. Solo sé que no me supe cuidar. O lo supe, y no lo hice... ¿Quizá quería morir? Mis ojos se inundan en lágrimas. Lágrimas saladas y amargas. Trago amargo. Dolor del pagar con el dolor, la inexperiencia y soledad... Dolor del pagar con el dolor, la mala suerte.

- *Esta viniendo tu esposo... o tu ex... o algo así. Llamaron de abajo, de la vigilancia para*

avisarnos - me dice la enfermera, con cara de extrañada, una mañana de agujas, sueros y radiografías apuradas.

Y lo veo. Y lo veo, asustado, nervioso, parado en la puerta de mi pieza. Camina emocionado, con un ramo enorme de flores en sus manos. Hasta se peinó y tiene puesta su mejor camisa. Sonríe. Me sonrío...

Intento hablarle. Explicarme. Pero coloca sobre sus labios uno de los dedos y me dice en un susurro: - *No quiero saber nada...* - y me besa en la boca. Yo, cierro mis ojos... y suspiro. »

(Es cierto. Yo los vi besarse, mientras le firmaba el alta)

Fin